

tiene, pues, una demostración de lo que esas escuelas han hecho, y, en consecuencia, de lo que todas puedan hacer. En otros términos, y para el público que mira o juzga desde la calle, muestra la potencia y las posibilidades que existen en nuestra escuela primaria y que una dirección inteligente puede revelar y orientar.

Se diría que por esta demostración parece cobrar un sentido más acerbo el cargo que ha solido arrojarse—con esa escandalosa alternativa de aplauso y vituperio que viene gravitando desde hace algunos años sobre las cosas más serias del país—contra la escuela primaria y su profesorado. Pues, se pensará, si la escuela puede realizar todo eso, ¿por qué no lo hace? Y, según ocurre con toda actitud superficial, no se va más allá de la pregunta. La tontería unánime se satisface creyendo que la pregunta es al mismo tiempo una respuesta. Justamente, la manera de no enterarse nunca de nada.

El libro del señor Martínez será útil, por las experiencias e indicaciones que contiene, a todos los maestros. Pero lo será todavía mucho más para el prestigio de la escuela primaria. Atestigua que ella trabaja y que es, con su profesorado, capaz de esfuerzo y abnegación. Y si nos parece que, en general, ese trabajo no es bastante fecundo y que esta capacidad no se hace siempre efectiva, después de leer este libro no tenemos derecho a reaccionar trivialmente contra la escuela. Estamos obligados a conceder al tema algún momento serio de reflexión

y, sobre todo, a mirar; a mirar la escuela y cuanto con ella está relacionado. Sin esta faena previa, no hay censura fundada ni responsabilidad discernida rectamente. — *R. C. M.*

NOVELA

MÁS AFUERA, por *Eugenio González.*

Raúl Silva Castro promovió recientemente una discusión saludable, cualquiera que sea el punto de vista que se adopte ante cierto radicalismo de conclusiones a que arriba. Nos referimos a la falta de problemas en las letras de Chile.

Silva Castro acusa de omitir los asuntos vitales al mesocratismo de nuestros literatos, limitación de horizontes, y, por ende, falta de contacto con los grandes dramas humanos. La mujer, el tema sexual, la inquietud religiosa, el mal metafísico, todo eso—al decir de Silva Castro—aparece ausente de los tópicos literarios nacionales.

Los novelistas y cuentistas se han refugiado casi en masa en el campo. Han preferido el análisis de esas vidas oscuras y primitivas que luchan con la naturaleza y tratan de domarla. Pocos se han quedado en la ciudad y de éstos, los menos han preferido un ambiente refinado. Orrego Luco ha penetrado a los salones sin ser siempre afortunado en su evocación. La clase media ha tenido acertados descriptores como Barrios, Maluenda, Espinosa y Santiván. En resumen, los problemas de la vida interior y

los altos asuntos sociales y políticos aparecen ausentes de nuestras creaciones novelescas. Silva Castro tiene razón en cierto modo, sin que, por esto, pueda decirse que no existan en definitiva los problemas en la literatura patria. Falta, eso sí, la vida acendrada del espíritu, arbitrariedad de asuntos y una atmósfera, de ensueño y poesía que rescate los temas de la gris vulgaridad cotidiana.

En los momentos en que seres distintos como Manuel Rojas, Mariano Latorre, Alone y Domingo Melfi discutían el alcance de la *Paradoja sobre las clases sociales en la literatura*, surge a la vida un recio libro en que se aborda resueltamente uno de los más pavorosos problemas sociales de esta tierra: el régimen carcelario.

Eugenio González, sin proponérselo, afronta en *Más Afuera* (1) el contacto con una realidad cancerosa de este país; sus colonias penales, hórridos sitios de abandono en que naufraga toda esperanza espléndida y donde sólo el sórdido vicio puede medrar.

Desde las primeras páginas de su novela sentimos algo sordo que palpita como en los relatos de Remarque o de Víctor Serge. Se está en un mundo sin esperanzas, que no invita a la meditación tranquila sino a la horrible desesperación.

El caserío era pequeño y disperso. Próximo a las rompientes donde las mareas se deshacen, se alza un pabellón alargado, y chato, hecho de calamina. Alguien lo había

pintado de rojo, pero el tiempo y la humedad fueron, poco a poco, tornándolo gris, color de moho, de hastío. Ahí vivían los confinados por delitos comunes: rateros, matones, vagabundos, una población pintoresca y haraposa, arrancada, un día cualquiera, del suburbio nocturno. Cada uno tenía una historia, una historia sucia.

Con esta firmeza rompe el relato y así sigue el seguro narrador que hay en el autor de *Más Afuera*. Vibra con los dolores, un poco a la sordina, pero, por sobre todo, es el humano pintor de las vidas míseras y hampescas de los confinados. Hay notas fuertes de humor, como el pintar a Don López:

Había sido tinterillo en Valparaíso y por su habilidad leguleyesca, sus años y sus barbas disfrutaba de un serio ascendiente entre los confinados, a muchos de los cuales había sacado de apuros, más de una vez, en trances difíciles con las autoridades judiciales. Había permanecido, además, largos años, en la cárcel por complicidad en robos y estafas, por «cuentista» y jurero falso, y como era hombre de cierta ilustración y ex-miembro de una Asamblea Radical, se refería a sus condenas con un volteriano circunloquio: «Cuando estuve en el Convento de la Calle Sama, entregado a ejercicios espirituales...» Sus compañeros no entendían la figura, pero se reían.

La sobriedad de González no le resta ni simpatía humana, ni un vago humorismo, ni aun cierto don poético que exalta por encima de las míseras existencias que describe, un hálito de ensueño. Pocas veces la literatura chilena se ha visto más favorecida que en esta sencilla

(1) Nascimento. Santiago, 1930.

novela de una colonia penal. No faltan siquiera los rasgos tiernos y emocionadores como la muerte de «El Chute», a quien acompañó hasta sus últimos instantes la piedad de un camarada de prisión, el Camañi.

La burda trama de estas existencias es rota casi siempre por una muerte violenta o por una infección contraída en el abandono isleño.

Cuando se ha leído *Más Afuera* se comprende que nunca podrá brotar la regeneración o el arrepentimiento en ese vivero de amargura. Los corazones que libren de la prueba tienen que salir arrugados como harapos. Ningún soplo de rehabilitación puede haber entre tanta laceria.

González muestra una perfecta objetividad en todo su relato. No se exalta ante los procedimientos tortuosos, no grita contra el abandono social ni aprovecha la oportunidad para componer discursos humanitarios. Se limita a exhibir descarnadamente, en su viva desnudez, estas almas de presidio, cuyo sueño es retornar a tierra firme para amar, beber y robar. Admirable es su acierto del Quiquirihuevo, tipo muy chileno de ladrón que se graba con nitidez entre las otras figuras de la novela. Definitivo también su Perpetuo, detritus social que satisface bajas pasiones en la isla; y por sobre todo, el repugnante Endeiza, estampa central de *Más Afuera*. Endeiza resume todos los defectos y falsedades del bajo pueblo. Es, por decirlo, así, una caracterización de la mulatería psicológica.

Eugenio González no sólo ha

enriquecido el ámbito geográfico de las letras chilenas sino también el campo de la observación psicológica. *Más Afuera* revela un mundo animadísimo e inexplorado en que cobran vida asombrosa los expulsados de las cárceles vulgares, los peores restos de la criminalidad urbana.

Pero ha sabido también sacar vida psicológica de tan deleznable seres y a la vez ha colocado un resplandor de poesía humana en tan abatida porción de la sociedad. La lectura de *Más Afuera* es un trago amargo y tónico a la vez. Queda después de cerrarlo la sensación de que nuestros literatos si cultivan los temas de resonancia social pueden hacer mucho bien a la colectividad. Es este un libro donde no falta nada de lo que hace perdurable una creación literaria; el sentido social, el realismo verista y el estilo apretado y correcto. González escribe con naturalidad y es muy escueto en las descripciones, que semejan aguas fuertes. Realista verídico, no se arredra ante lo escabroso; pero sabe rehuir lo grosero. Su talento de fino estilista le evita caer en lo excesivo al describir la violación de El Perpetuo y un acto de animalidad de Garrapata.

El estilo de González revela la severa contextura moral de su persona. Es sobrio, recio, sin afectación. *Más Afuera* es una obra que denota siempre un tono de virilidad que no quisiéramos ver perdido en la literatura nacional. Significa todo lo contrario a la retórica melosa; es un símbolo de humanidad libre y abierta en manos de un inte-

lectual sincero y noble.—*Ricardo A. Latcham.*

LITERATURA

SCRITTORI DEL TEMPO NOSTRO, por *Arturo Lanocita.*

Las entrevistas a escritores son siempre un género de periodismo interesante. Se supone que la gente que ha dedicado sus actividades a las letras, tenga una nota de interés, una idea original, un punto de vista nuevo ante los acontecimientos, que exponer al que llega a entrevistarla. Y aunque en más de una ocasión la suposición es equivocada, las intimidades y los relatos de los hombres de pluma sirven para dar interés a la pluma de los que a este género se dedican. Arturo Lanocita se ha especializado en el género en Italia, y si las series de *Lo que sé por mí* pudieron hacer creer en la personalidad de un *Caballero Audaz*, bien pronto desvirtuada por la detestable labor que siguió, estos entrevistados de Lanocita aportan material para apreciar la labor del periodista italiano como novedosa e interesante.

Hay en el libro, en una pintoresca mescolanza, escritores de todos los géneros. Desde personalidades de primer orden, tales Máximo Bontempelli, Luigi Pirandello, Sem Benelli, hasta versificadores del tres al cuarto como el fabulista Trilussa, pasando por las respetables medianías: Marco Praga, Darío Niccodemi, Rosso di San Secondo, Lucio d'Ambra.

Bontempelli afirma siempre su iniciación clásica que acaso pueda

sorprender ante su actitud de modernismo renovador gritado en su campaña que no ha cesado de la revista 900. «Iniciación clásica la mía; del más puro clasicismo.» Y después la inevitable actitud nueva. La génesis de su obra; la influencia en ella de su temporada guerrera; la afirmación de su paganía exuberante manifestada en su delicia de vivir, en su «gloria de vivir» de que blasonan sus muñecos de *El hijo de dos madres*, a nuestro juicio la más completa de sus obras, se relatan bajo la pluma de Lanocita en un estilo que quiere acercarse al del entrevistado y que resulta de una rapidez periodística simpática y ligera.

Pirandello, humorista, comenta risueñamente la creación de sus personajes inmortales. Y el autor de ellos sólo muestra ante la afirmación rotunda de la personalidad real, de la existencia humana, de sus figuras de ficción, un escepticismo incurable, que lo hace sonreír de todas las verdades, hasta de aquella que más ha defendido—recuérdese el conde de *Enrique IV*—: la verdad de sus ensoñaciones.

Gran misterio este de la creación de una obra de arte, mi amigo, pero imposible de explicar. En la comedia sucede como en la vida, otra comedia, que nadie puede entender.

Y esta desalentadora afirmación acaso sea un atisbo de una verdad semi-oculta en el fondo del pensamiento de todos los que se han preocupado de los problemas del espíritu.